

Víctor Ruiz Iriarte

Semblanzas

Fémina, oradora

Entre los nuevos horizontes políticos de nuestro panorama nacional, destaca con fuerza propia y progresiva, y sello personalísimo de indudable importancia, la participación de la mujer en la vida pública española.

Siglo XX. Época de riesgos y audacias. Tiempos modernos de nuevas y fracasadas ideologías, y de nuevos conceptos de la vida y de lo humano. La mujer española, fuerte y bravía como el sol de Castilla, y llena del suave arrullo místico de un paisaje gallego, siente el atavismo de la raza y evoca la audacia de Agustina de Aragón, con su ingreso en la política nacional. No es el hecho fácil de depositar una papeleta con unos nombres, en una urna de cuyo interior enigmático saldrá el rumbo del país. Es el acto de lanzarse a la conquista de la opinión, desde la altura varonil y poco propicia de un escenario mitinesco y ante una masa de gentes, en su mayoría escépticas y burlonas.

¿No has visto, lector...? Es una sala medianamente alumbrada. Al fondo, el escenario sin telón, y con un decorado inverosímil por lo antiguo. No hay concha para el apuntador. Las palabras, no las dictará nadie, las indicará el corazón y la idea. En el centro, una mesa, un señor presidente orondo y satisfecho de su importancia, contempla con mirada un poco superior al público de butacas. Más señores agrupados en torno a la mesa; y al fondo, como magna evocación de realidad, el espléndido telón de fondo de una bandera republicana... Falta algo..., en efecto. A un lado de la mesa y un poco tímida, la silueta menuda y graciosa de la «fémina oradora»... Las gentes la contemplan con curiosidad. En esas muchachitas de la platea, hay una sonrisa burlona. En ellos un piropo contenido.

El presidente, con voz campanuda, anuncia que va a dar comienzo el acto y nos comunica que le corresponde hablar en primer lugar a su distinguida correligionaria; no sabemos si por galantería o por inferioridad de méritos.

Ella se levanta; avanza unos pasos. Un aplauso cordial, le hace confiar en sí misma y sonreír. Ya ha triunfado. Una sonrisa de mujer es un lazo de galantería que ata al hombre a su capricho. Empieza a hablar; su voz suena en la sala, suave, rítmica, a veces como poemas vibrantes de Villaespesa, otros momentos con arrullo romántico a lo Musset. Ella habla enérgica, dominante, impulsiva, dueña de sí y segura de lo que dice. Un párrafo brillante le vale una ovación, una sonrisa agradecida que para nosotros vale más que para ella la ovación. Sigue hablando y defendiendo una idea moderada, sin extremismos. Porque una mujer que se sepa mujer, que tenga el debido concepto de su calidad femenina, no puede sentir más que anhelos de paz, de orden y de religión. Si es madre, quiere el bien para sus hijos. Si no lo es, piensa en serlo y desea para ellos, cuando les llegue el momento de asomarse al mundo, que ella ya conoce, un ambiente libre de turbulencias y una atmósfera tranquila y respirable.

Ha terminado su discurso. Ahora, el aplauso es sincero, unánime, en premio a su esfuerzo; y cosa rara, aplauden más los hombres de butacas y anfiteatros que las burlonas damiselas de la platea... En el fondo de la sala, junto a una puerta de salida, un acomodador sexagenario, con el cuello desabrochado, aplaude entusiasmado, mientras le dice a otro compañero que está

convencido de los argumentos de la oradora, y para corroborar su afirmación escupe olímpicamente en la maltratada alfombra, a pesar de que a su lado hay un letrerito que, tímidamente, le ruega no lo haga.

Continúa el mitin. Le toca el turno a un señor maduro, sosegado; sabe que habla bien. Pero esto no quita para que lo haga con las manos en los bolsillos y con unas pausas dignas de un galán de comedia.

Yo, un poco decepcionado ante el contraste de gesto, de voz y de figura, siento impulso de gritar, como el gañán que presenciaba el trabajo de los cómicos de la legua en la plaza pueblerina: «¡Que se repita lo de antes! ¡Estaba mejor!».

* * *

Salimos a la calle. Entre una ráfaga de aire fresco y un taxi, que por poco nos toma por un farol; volvemos a la realidad. Y entre un deseo de razonar, sin duda, efecto de la multitud de razones escuchadas, una idea persigue nuestro entendimiento. Evidentemente, la mujer española es digna de ocupar un puesto en la tribuna, en el mitin y en la conferencia. No es necesario que deje sus galas femeninas y vista traje sastre, corbata de nudo gordo y zapatos de tacón bajo. Es suficiente con que siga siendo mujer... Que no pierda su encanto arrollador y simpático...; y que sus palabras, en vez de sonar a mandato rígido y autoritario, sean para nuestros oídos como acordes melódicos de aquella canción de cuna, que escuchábamos de chiquillos...

Quizá por ser españoles pequemos de exceso de romanticismo. Pero no hay que olvidar que ese fondo romántico, inédito para los demás e indescifrable para nosotros mismos, es el principal blasón de nuestra raza.